

CECILIA VALDÉS URRUTIA

ENTREVISTA | Una pintora genuina

PÍA SUBERCASEAUX: “El arte es un espacio de libertad en un mundo que aprieta”

“Nacimos en un mundo en que las ideas ya existen hace mucho tiempo. Por tanto, el trabajo de Pía Subercaseaux ha consistido en expulsarlas de su jardín, para dejar solo el aire, la intuición, los pétalos abiertos y las hojas que tiemblan. Estas pinturas rechazan, expulsan las ideas. Estos cuadros expulsan la ocurrencia, espantan la teoría. No busca la belleza, en ellos la belleza ocurre”, escribe el escritor y médico Beltrán Mena para el catálogo de la muestra “Sobre el jardín”, que Pía Subercaseaux inaugura el miércoles en Galería Patricia Ready.

La artista trabaja dentro de tradiciones pictóricas más cerca de la poesía. Incorpora también ahora un acercamiento a la tradición japonesa de la sombra. En sus obras “Sobre el jardín” —que pintó en su casa en Valparaíso— hay una invitación al espectador a descansar de esta época. El miércoles inaugura en Galería Patricia Ready.

La artista vive en una antigua casa de 1910 con galerías y corredores, en el cerro La Loma en Valparaíso, ubicado detrás del cerro Cárcel. “Tengo un jardín muy particular que no mira al puerto, sino que hacia el interior. ¡Es un jardín precioso!, con buganvillas, camelias, lúcumos, chirimoyos, palmeras... Tiene algo de los jardines de los claustros”.

Pía pinta dentro de tradiciones pictóricas con belleza y poesía. “Pero si llegué a imágenes con poesía es porque encontré algo”, añade con sencillez y una cierta inseguridad que conserva a pesar de los reconocimientos para su arte. Mantiene un bajo perfil y le gusta así. Nos pide: “No salir en las fotos. Que aparezca una pintura o el jardín”. No fue fácil convencerla.

Llegó en 1997 a Valparaíso. “Me quedé en esta ciudad que amo y porque me siento muy cómoda en la naturaleza, en este jardín. Es lo esencial aquí. No busco exponer afuera, no ando buscando becas, ni estoy preocupada por la carrera artística. Solo me dedico a la pintura, a pintar”. En Valparaíso ha exhibido en espacios más contenidos como La Sebastiana, Bahía Utopía. En Santiago, esencialmente, ha estado varias veces exponiendo en el Cultural de Las Condes. Sus retratos, paisajes y naturalezas integran importantes colecciones.

Madre de Sara, de 27 años, y de Ramiro, de 18 años, sigue con una vida personal relacionada con mundos creativos. Ella misma está en una constante exploración en su pintura. Para esta exposición se internó también en el trabajo de la sombra de los japoneses. “Es una técnica muy difícil, porque es como estar pintando dos cuadros al mismo tiempo, uno que se ve con luz natural y el

otro en el que aparecen siluetas en la sombra”.

“Soy colorista”

—¿Esta exposición parte absolutamente desde su jardín?

“Sí, aunque he pintado antes muchas flores y naturalezas. Ha sido una constante junto con los paisajes que están más desapegados del realismo. El jardín lo tengo integrado a mi vida. Todo el día paso por ahí hacia mi taller, a la cocina, las piezas. Y estas pinturas se inspiran en él, pero terminan siendo atmósferas vegetales. Tiene distintas luces y hablan de distintas estaciones. Uno de los cuadros, por ejemplo, es verde fosforescente y refleja el verdor absoluto, hay otros más en penumbras.

—Algunas de sus pinturas conllevan un difícil trabajo de óleo sobre madera con láminas de oro. ¿Qué busca?

“En mis pinturas hay mucho color, me considero colorista por esencia y he usado muchas veces el dorado como un color más, pero en algunas de estas obras usé también láminas de oro que se



Con una estética que seduce, pinta con solidez atmósferas de jardines, de naturaleza. Óleo 2024.

“No busco exponer en el exterior. Solo me dedico a pintar”.

comportan de manera muy diferente. Tiene que ver con la estética tradicional japonesa, porque mientras en Occidente el principal aliado de la belleza fue siempre la luz, en esa estética oriental la belleza consiste en captar el enigma de la sombra. Esta idea tan bien descrita en “El elogio de la sombra”, de Tanizaki, me llamó mucho la atención. En la exposición hay un acercamiento a ello: el oro en la pintura brilla independiente de la luz, al final de un pasillo o en una pieza oscura desaparecen los colores y solo quedan las siluetas como un contraluz dibujado por el dorado”.

—¿Quisiera invitar al espectador a vivir sensaciones, habla de alejarse de ideas, de estridencias y problemáticas?

“El hecho de que la imagen



Pía Subercaseaux en su exuberante jardín donde vive, en una casa de 1910, en el cerro La Loma. “El jardín está integrado en mi vida. Es esencial”.



Con un trabajo con láminas de oro logra iluminar siluetas en la sombra.

aparezca, en algunas pinturas, cuando todo está en sombras, es como hablar del silencio en la música, algo que contrasta con nuestro mundo actual. Pintar con la sombra tal vez haga menos daño. En estas obras hay una cierta invitación a descansar de esta época. No busco hacer reflexiones ni intelectualizar”.

—¿La estética oriental es esencial en ello?

“No es una elección racional. Tengo una gran admiración por el arte oriental y es el que mejor expresa las pinturas de naturalezas, pero no la busco, es algo que se ha integrado al subconsciente”.

—Pero ¿los jardines japoneses tendrán algo que decir aquí?

“No exactamente. Se integran aquí artistas como un Van Gogh, vengo de una tradición pictórica de pintura al óleo. La última exposición fue sobre paisajes de mar, ríos y tierras solo inspiradas en Tierra de Fuego...”

—¿Sus atmósferas de jardín son ajenas a un tiempo y lugar?

“Es una manera poética de que no están inscritas en una realidad concreta. Estas pinturas tienen más que ver con la poesía, con la atmósfera de un jardín. No hay una flor en particular. Son plantas, jardines atemporales.

Su bisabuela Morla

— En estos casi 30 años que lleva pintando en los cerros de Valparaíso, ¿de qué manera influye en su pintura ese grupo mítico integrado por Salvador Amenábar, Gonzalo Ilabaca, antes también

por Eduardo Mena, y usted? “Yo no quise estudiar en una institución y me vine a Valparaíso, porque iba a encontrar pintores con quienes iba a aprender. Y así fue. En los años 90 ya no se pintaba en el exterior y nosotros lo hacíamos. Fueron todos maestros, aunque el trabajo de artista es muy solitario y se hace solo. Pero sí la mirada del arte la compartimos hasta hoy”.

—Un gran artista y maestro que salía a pintar al exterior y era acusado de anacrónico era Adolfo Couve.

“Le tengo una gran admiración. Es de los pintores chilenos que en el paisaje alcanza el justo medio entre la figura y la abstracción, y es autor de un colorido extraordinario”.

—Ustedes también son ajenos a las tendencias.

“Estamos un poco distantes de las tendencias de la escena del arte de Santiago. Pero entre nosotros hay también diferencias, algunos son más narrativos; en el caso de Salvador Amenábar, que es un tremendo pintor, y en el mío, tenemos una mirada más sensual de la pintura. Tengo una mirada sensual en el sentido de la relación con los sentidos. Me emociona en particular el color. Mi pintura se explica esencialmente por el color. Parto y termino mi trabajo con el color.

—Y esa fuerte huella familiar suya de tantos pintores, escritores y grandes músicos (hasta del matrimonio Schumann), ¿no le significa una carga?

—Para nada. Me alegra saber que elegí la pintura, porque no lo podía evitar. Aunque reconozco los genes de arte en el caso de mi familia Subercaseaux. Es un camino un poco inevitable y uno tiene una sensibilidad como artista que se hace incómoda a la norma. El arte es un espacio de libertad dentro de un mundo que aprieta.

—Su magia y libre bisabuela Ximena Morla, ¿le ha influido?

“Los dibujos de mi bisabuela son una de las pinturas que más admiro, son únicas, muy modernas y muy libres. Son biográficas, figurativas, realizadas con lápices de colores y acuarelas. Son dibujos fantásticos. Aparecen en los diarios y escritos de su hermana Carmen, en el libro “Las Morla. Diarios y dibujos de Ximena y Carmen Morla Linch”.

Crítica de arte

CLAUDIA CAMPAÑA

MAC - Parque Forestal

Patricia Israel: Una antología visual

Casi 13 años han transcurrido del fallecimiento de Patricia Israel Korenblit (1939-2011) y el Museo de Arte Contemporáneo de la U. de Chile (MAC, sede Parque Forestal) ha organizado una exposición antológica con más de 80 obras (dibujos, serigrafías, óleos y esculturas) que son un buen ejemplo de los intereses temáticos y de las técnicas mediante las cuales la destacada artista nacional se expresó durante cuatro décadas.

Recién inaugurada en el zócalo del museo y curada por Joselyne Contreras, Alberto Madrid y Sebastián Vidal, la muestra se titula “Patricia Israel: Correlatos del ensueño”. Rigurosamente montada, propone un recorrido por los tópicos que fueron fundamentales para esta artista nacida en el sur de Chile: lo ecológico, lo arqueológico, lo histórico-político, lo biográfico, el Holocausto, la fauna y el rol de la mujer en la sociedad, entre otros.

Al ingresar a la gran sala, donde paneles/muros separan y organizan el espacio cromático y temáticamente, se encuentra la serie de “lo sumergido”: cuatro esculturas y seis serigrafías que evocan cisnes de cuello negro acefalos; un comentario visual sobre el exterminio ecológico y, puntualmente, acerca de las muchas aves acuáticas



Patricia Israel. Detalle serie “Lo sumergido” (serigrafías y esculturas).

cas que aparecieron muertas en los ríos de Valdivia a consecuencia de la contaminación de las aguas o a causa de los lobos marinos. Israel estableció una asociación poética entre aquellas criaturas abatidas y los cuerpos ausentes de los detenidos desaparecidos, recurriendo para ello a la

estética del palimpsesto, que hace visible una imagen sobre otra. Así, una apariencia fantasmagórica permea todas estas composiciones —a lo cual colabora la paleta, limitada a campos grises, negros y blancos—. “La belleza va más allá del color, la materia y las formas. La belleza está en el amor,

en la justicia y el respeto por la naturaleza”, señaló la autora.

Próximas a los “cisnes muertos” se exponen tres pinturas de gran formato y técnica mixta que evidencian tanto el poder de síntesis de Israel como su gusto por el contrapunto entre soluciones gráficas y pictóricas. Todas estas “tramas húmedas” citan la pintura de historia y específicamente las marinas del arte chileno que retratan luchas entre fuerzas navales. Con el texto “Obra muerta, obra viva”, escrito por Israel con letras de molde negras sobre una de ellas, estas telas evocan fragmentos de embarcaciones que rememoran ya sea una botadura, un naufragio o una encalladura.

Hay también trabajos pertenecientes a la serie que la artista expuso en la muestra de 2001 titulada “El deseo de Antígona” (MNBA). La tragedia de Sófocles sobre una mujer castigada por dar sepultura a su hermano es el origen de estas pinturas donde, sin caer en lo ilustrativo, se visualizan conflictos familiares, éticos y políticos,

además de un guiño a los retratos fúnebres de El Fayum.

Atención a la inclusión de una suerte de díptico formado por dos obras apaisadas, una de las cuales rememora el interés de la artista por la fauna y su valor expresivo-simbólico. Aquí sorprende un lienzo con la figura de un enorme cocodrilo como único protagonista, definido con una férrea construcción lineal. La mandíbula abierta del reptil simboliza la agresividad y la posibilidad de ser tragado por este, lo que equivaldría a descender a los infiernos —aunque curiosamente el cocodrilo es también símbolo de sabiduría y fertilidad—.

La tela inmediatamente al lado tiene como motivo un enorme narciso que acaso reposa en una playa con clima tormentoso y que fue portada del libro “Episodios. Obra Patricia Israel”, con la flor representando la muerte en plena juventud, el amor a uno mismo, la vanidad y la locura.

El público podrá contemplar además trabajos de otras series:

PATRICIA ISRAEL: CORRELATOS DEL SUEÑO
Lugar: MAC, Parque Forestal
Hasta: 17 de noviembre de 2024

“Charada”, que no se había expuesto antes y que ilustra bien parte del lenguaje visual de los ochenta; “El gran silencio”, por la cual Israel recibió una nominación al Premio Altazor en 2001; “Manuel Rodríguez” de 2002, donde la artista plasmó su interés por los personajes históricos, aportando en este caso comentarios visuales acerca del asesinato y la desaparición de los restos del prócer y, por cierto, “Geografía” (2011), la última serie que Israel expuso en vida. Asimismo, hay pinturas que registran hechos biográficos, como el tríptico en el cual se reitera la imagen ampliada de un electroencefalograma, intervenida en el primer panel por un Austin Mini azul —alusión al vehículo en el cual en 1974 la autora cruzó la cordillera hacia el exilio (vivió en Argentina y Venezuela).

Hay todavía más: pinturas de carácter caricaturesco y erótico e imágenes (páginas) de su libro “Cuerpos impresos” (2009). Esta es una buena oportunidad para conocer o reencontrarse con la obra de Patricia Israel, con su expresionismo figurativo, con sus soluciones gráfico-pictóricas, con las problemáticas que la obsesionaron y que expresó en diversas materialidades. Una exposición para no pasar por alto.